LIBRO dot.com

EL GENIO DE UNA NOCHE

STEFAN ZWEIG



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

1792. Hace dos, no, tres meses ya que la Asamblea Nacional francesa no llega a decidirse ni por la guerra contra la coalición de los emperadores y reyes, ni por la paz. Luis XVI también está indeciso; presiente el peligro de una victoria de los revolucionarios, pero también incluye el riesgo de su derrota. Por otra parte, no existe seguridad alguna respecto a los partidos. Los girondinos impelen hacia la guerra, para conservar el poder; Robespierre y los jacobinos luchan por la paz, para adueñarse en tanto del gobierno. La situación se torna más tensa de día en día. Los periódicos vociferan, los clubes discuten, los rumores vibran más y más patéticos y azuzan a la opinión pública. Como toda decisión, se percibe como una especie de liberación el hecho de que el 20 de abril el rey de Francia declare finalmente la guerra al emperador de Austria y al rey de Prusia.

Durante estas largas semanas la tensión eléctrica ha pesado gravemente sobre París y ha trastornado las almas. Pero la excitación fue más pesada y amenazante todavía en las ciudades fronterizas. Las tropas ya se hallan reunidas en todos los campamentos; en cada pueblo, en cada ciudad, ármase a los voluntarios y a los miembros de la guardia nacional; en todas partes repáranse las fortificaciones, y en Alsacia, sobre todo, sábese que ésta será la tierra en que, como siempre en las luchas entre Francia y Alemania, se producirá la primera decisión. El enemigo se halla a orillas del Rín, y desde Alsacia no se lo ve, como desde París, cual un concepto patético, retórico, vago, sino como una realidad visible, patente. Pues desde la fortificada cabecera del puente, desde la torre de la catedral, pueden distinguirse a simple vista los regimientos prusianos que se avecinan. De noche, el viento lleva el rodar de los cañones enemigos, el ruido de las armas, los toques de corneta sobre el río, que brilla desaprensivo a la luz de la luna. Y todos saben que sólo hace falta una palabra, un decreto, para que los silenciosos cañones de los prusianos escupan truenos y centellas y para que se reanude la milenaria lucha entre Alemania y Francia -esta vez en el nombre de la nueva libertad, de un lado, y en el nombre del viejo orden, del otro.

Es un día incomparable, pues, aquel 25 de abril de 1792, en cuyo transcurso los correos traen de París a Estrasburgo la noticia de que se ha declarado la guerra. Inmediatamente acude el pueblo de todas las callejuelas y casas a la plaza; dispuesta para la guerra, se presenta la guarnición entera, regimiento tras regimiento, para el último desfile. En la plaza mayor los espera el alcalde Dietrich, ostentando la banda tricolor y saludando con el sombrero a los soldados. Toques de trompetas y el redoblar de tambores incitan al silencio. Dietrich lee en alta voz aquí y en todas las demás plazas de la ciudad, en francés y en alemán, el texto de la declaración de guerra. A continuación de sus últimas palabras, la banda del regimiento entona la primera, la provisional canción de guerra de la revolución, el "Ça ira". Es, en verdad, un bailable burlón, despreocupado, vivaz, al que los regimientos, puestos en pie de guerra, prestan un ritmo marcial. Luego la multitud se desparrama y lleva el entusiasmo encendido a todas las calles y casas; en los cafés y clubes óyense arengas patéticas y distribúyense proclamas. "Aux armes, citoyens! L'étendard de la guerre est déployé! Le signal est donné"; con éstas y parecidas exclamaciones comienzan los discursos, y en todas partes, en todos los manifiestos, en todos los diarios, en todos los "affiches", en todos los labios repítense los gritos rítmicos: "Aux armes, citoyens! Qu'ils tremblent done, ces despotes couronnés! Marchons, enfants de la liberté!" y cada vez la masa aplaude jubilosamente esas palabras encendidas.

La multitud siempre prorrumpe en júbilo, en las calles y plazas, cuando se declara una guerra; pero en esos momentos de frenesí callejero levántanse siempre, también, otras voces, más apagadas, recónditas; el miedo y la preocupación también despiertan

cuando se declara una guerra, pero susurran secretamente en las habitaciones o callan con pálidos labios. Siempre y en todas partes hay madres que se. dicen: ¿No matarán los soldados extranjeros a mis hijos?, y en todos los países tiemblan los campesinos por sus bienes, sus prados, sus chozas, su ganado y su cosecha. ¿Las hordas brutas no pisotearán sus sembrados, no saquearán sus casas, no abonarán con sangre los campos labrados? Pero el burgomaestre de Estrasburgo, el barón Federico Dietrich, en verdad un aristócrata, pero como todos los buenos aristócratas de su tiempo, entregado con toda el alma a la causa de la nueva libertad, sólo quiere hacer oír las palabras fuertes y resonantes de la confianza. Convierte a propósito el día de la declaración de guerra en una fiesta pública. Llevando la banda cruzada sobre el pecho, corre de una asamblea a la otra, para alentar a la población. Manda distribuir vino y alimentos a los soldados que inician la marcha, y al anochecer reúne en su amplia casa de la Plaza de Broglie a los generales, oficiales y funcionarios de mayor categoría, los agasaja con una fiesta de despedida, a la que el entusiasmo presta de antemano el carácter de una celebración de la victoria. Los generales, seguros de su triunfo, como todos los generales, ejercen la presidencia de la reunión; los oficiales jóvenes que en la guerra ven cumplida la misión de su vida, pueden hablar libremente. Los unos entusiasman a los otros. Se desenvainan espadas, unos abrazan a los otros, chocan sus copas y, animados por el buen vino, pronuncian arengas cada vez más apasionadas. Y vuelven en todos esos discursos una vez más las palabras estimulantes de los diarios y proclamas. "¡A las armas, ciudadanos! ¡Marchemos, salvemos la patria! Pronto temblarán los déspotas coronados. Ahora que se ha desplegado la bandera de la victoria, ha llegado el día para llevar el tricolor a través del mundo entero. Cada uno ha de dar de sí lo mejor que posee, por el rey, por la bandera, por la libertad!" Todo el pueblo, todo el país pretende convertirse en tales momentos en una sagrada unidad, por obra de la fe en la victoria y por el entusiasmo que despierta la causa de la libertad.

En medio de las arengas y discusiones, el burgomaestre Dietrich se dirige repentinamente a un joven capitán del cuerpo de fortificaciones, llamado Rouget. Acaba de recordar que este oficial simpático, aunque no precisamente bonito, escribió medio año atrás un lindo himno para celebrar la proclamación de la constitución. El músico del regimiento, Pleyel, le había puesto en seguida la correspondiente música. El sencillo trabajo había resultado muy cantabile, la banda militar lo había ensayado inmediatamente y se le había cantado y tocado en una plaza pública. ¿No constituirán la declaración de guerra y la marcha de los soldados un motivo adecuado para poner en escena una fiesta parecida?

El burgomaestre Dietrich pregunta entonces, como de paso, tal como se solicita de un buen amigo un pequeño favor, al capitán Rouget (quien se ha conferido a sí mismo, sin justificación alguna, una dignidad nobiliaria, llamándose Rouget de Lisle) si no querría aprovechar la oportunidad patriótica para componer una poesía destinada a las tropas que se dirigían al frente, una canción guerrera para el ejército del Rín que mañana deberá marchar contra el enemigo.

Rouget, un hombre modesto, insignificante, que jamás se había tenido por un gran poeta ni por un gran compositor -sus versos nunca fueron impresos, y sus óperas eran rechazadas-, sabe que los versos ocasionales acuden fácilmente a su pluma. Para complacer al magistrado y buen amigo, se declara dispuesto a satisfacer su deseo. Sí, lo probaría. "Bravo, Rouget", le saluda su general, levantando su copa, y le invita a que le envíe esos versos inmediatamente al frente, ya que el ejército del Rin necesitaba verdaderamente una marchacanción que diese alas a sus pies. En tanto, otro de los presentes comienza un discurso. Se vuelve a brindar, a hacer bulla y a beber. El entusiasmo general arroja una ola poderosa sobre el pequeño diálogo casual.

La fiesta se torna cada vez más bulliciosa y frenética, y ha pasado mucho tiempo desde medianoche, cuando los huéspedes del burgomaestre abandonan su casa.

***

Es de madrugada. Ya ha pasado el 25 de abril, el día de la declaración de la guerra, tan emocionante para Estrasburgo. En realidad comenzó el 26 de abril. La oscuridad de la noche envuelve las cosas, pero esas tinieblas son engañosas, pues la ciudad sigue afiebrada de excitación. En los cuarteles, los soldados preparan la marcha, y muchos prudentes se disponen, acaso detrás de postigos cerrados, en secreto, para la fuga. Algunos pelotones aislados atraviesan las calles, se oye el galopar de los correos montados, luego el ruido de un pesado escuadrón de artillería, y a intervalos regulares resuena de puesto en puesto el monótono llamado de las guardias. El enemigo está demasiado cerca, el alma de la ciudad demasiado insegura y agitada como para que pudiera conciliar el sueño en momentos tan decisivos.

Rouget, que acaba de subir por la escalera de caracol hasta su modesta habitación de la Grande Rue 126, también se siente extrañamente conmovido. No olvida su promesa de tratar de componer cuanto antes una marcha-canción, una canción guerrera para el ejército del Rin. Camina inquieto de un lado para otro de su estrecho cuarto. ¿Cómo empezar? ¿Cómo empezar? Todavía se confunden, caóticamente, en su cabeza las palabras alentadoras de las proclamas, los bandos y los discursos. "Aux armes, citoyens! ... Marchons, enfants de la liberté!. .. Ecrasons la Tyrannie! ... L'étendard de la guerre est déployé!..." Pero también recuerda otras exclamaciones que ha oído al pasar, voces de mujeres que tiemblan

por sus hijos, preocupaciones de los campesinos de que pudieran ser pisoteados los campos de Francia y que las cohortes extranjeras pudieran abonarlos con sangre. Casi inconscientemente escribe las primeras líneas, que no son sino el eco, el retumbar, la repetición de aquellas exclamaciones:

"Allons, enfants de la patrie,
le jour de glorie est arrivé".

Luego se interrumpe y queda suspenso. ¡Eso suena! El principio está bien. Ahora falta encontrar el ritmo apropiado, la melodía para esas palabras. Baja su violín del armario y ensaya. Y ¡qué maravilla!; los primeros compases son de un ritmo perfectamente acorde con las palabras. Sigue escribiendo apresuradamente, llevado ya, arrastrado por la fuerza que se ha adueñado de él. Y de repente, todo confluye: los sentimientos que se descargan en esta hora, las palabras que acaba de escuchar en la calle y en el banquete, el odio contra los tiranos, el temor por la tierra patria, la confianza en el triunfo, el amor a la libertad. Rouget no necesita ideas ni inventar nada, sólo le hace falta poner en verso y adaptar al ritmo avasallador de su melodía las palabras que hoy, en ese solo día, han pasado de boca en boca, y ya habrá dicho, testimoniado, cantado, todo cuanto la nación sentía en lo más íntimo de su alma. Y no ha menester concebir una música, pues a través de los postigos cerrados llega el ritmo de la calle, de la hora, ese ritmo de la porfía y del reto, que se desprende del paso marcial de los soldados, la resonancia de los clarines y el rechinar de los cañones. Quizás no

lo perciba él mismo, su propio oído despierto, pero sí lo ha percibido el genio de la hora, que se ha instalado por una sola noche en su cuerpo perecedero. Y la melodía obedece cada vez mejor a ese compás martillante, jubiloso, que es el latido del corazón de un pueblo entero. Como siguiendo un dictado extraño, Rouget escribe las palabras y las notas cada vez más precipitadamente: ha hecho presa de él un huracán como nunca zarandeó su estrecha alma burguesa otro igual. Una exaltación, un entusiasmo, que no es propio de él sino que es un poder mágico concentrado en un único minuto explosivo, levanta al pobre aficionado a cien mil veces su propia dimensión y lo lanza hacia las estrellas, como un cohete: un minuto de luz y de llama brillante. Por una noche le es dado al teniente capitán Rouget de Lisle ser hermano de la inmortalidad: las exclamaciones del comienzo, tomadas prestadas de la calle y de las gentes, van formando la palabra creadora que se eleva hasta la estrofa, cuya forma poética es tan imperecedera como inmortal la melodía.

"Amour sacré de la patrie,
conduits, soutiens nos bras vengeurs;
liberté, liberté chérie,
combats avec les défenseurs".

Luego, todavía una quinta estrofa, la última, y, antes de despertar la aurora, queda concluida la eterna canción, producto de una excitación y de un solo ensayo, perfectamente adaptada la melodía a la palabra. Rouget apaga la luz y se tira sobre su cama. Algo desconocido, que él no se explica, lo ha elevado hacia una claridad de sus sentidos nunca experimentada, y algo le arroja ahora a una sorda extenuación. Duerme un sueño abismal que es como una muerte. Y, realmente, ya ha muerto el creador, el poeta, el genio, en él. Pero encima de la mesa se halla la obra concluida, desligada del durmiente, sobre quien vino aquel milagro, realmente, en un éxtasis sagrado. No es probable que en la historia de todos los pueblos y de todos los tiempos, otra canción se haya hecho tan rápida y perfectamente palabra y música a la vez.

***

Las de siempre anuncian desde la catedral la De vez en cuando, el viento trae algún estampido del Rin. Han comenzado las primeras escaramuzas. Rouget despierta. Trabajosamente sale, palpando, del precipicio de su sueño. Siente sordamente que ha sucedido algo, que ha sucedido con él algo de que sólo se acuerda vagamente. Un instante después, descubre sobre la mesa la hoja de papel recién escrita. ¿Versos? ¿Cuándo los escribí? ¿Música? ¿Con mi propia letra? ¿Cuándo compuse eso? ¡Ah, sí, la canción que anoche pidió el amigo Dietrich, la marcha-canción para el ejército del Rin! Rouget lee sus versos, canturrea a la vez la melodía, no se siente completamente seguro, como todo creador, ante la obra que acaba de producir. Pero al lado vive su compañero de regimiento, a quien va a mostrar y a cantar la composición. El amigo parece satisfecho y sólo propone algunas pequeñas modificaciones. Esta primera aprobación da a Rouget cierta confianza. Con toda la impaciencia de un autor, y orgulloso de su promesa tan rápidamente cumplida, corre a la casa del burgomaestre Dietrich, que da en su jardín el habitual paseo matutino y medita sobre un nuevo discurso. "¿Cómo Rouget? ¿Ya está listo? Pues, vamos en seguida a ensayar juntos".

Pasan del jardín al salón de la casa; Dietrich se sienta ante el piano y toca el acompañamiento: Rouget canta el texto. Atraída por la inesperada música matutina, la esposa del burgomaestre entra en la habitación y promete, en su condición de música experimentada, hacer copias de la nueva canción y escribir al mismo tiempo el acompañamiento para que esa misma noche, durante la reunión vespertina, se pueda brindarla, entre algunas otras, a los amigos de la casa. El burgomaestre Dietrich, orgulloso de su aceptable voz de tenor, se encarga entonces de estudiar la canción más a fondo, y el 26 de abril, en la tarde del mismo día en cuyas primeras horas la canción fuera escrita y puesta en música, se la canta por primera vez en el salón del burgomaestre, ante una concurrencia elegida al azar.

El auditorio ha aplaudido gentilmente y, por supuesto, no han faltado algunos atentos cumplidos para el autor, que estaba presente. Pero, desde luego, los huéspedes del hotel Broglie, de la plaza mayor de Estrasburgo, no tuvieron la más remota sospecha de que una melodía eterna había bajado sobre alas invisibles hasta su presencia terrenal. Rara vez los contemporáneos comprenden a primera vista la magnitud de un hombre o de una obra, y la poca conciencia que del memorable instante tuvo la esposa del alcalde queda evidenciada por la carta que escribió en seguida a su hermano, en la que vulgariza un milagro, presentándolo como un acontecimiento social. "Sabes que recibimos mucha gente en casa y que siempre hay qué inventar algo para variar un poco las distracciones. Entonces mi esposo tuvo la ocurrencia de mandar componer cualquier canción de actualidad. El capitán del cuerpo de ingenieros, Rouget de Lisle, un amable poeta y compositor, escribió en un instante la música de una canción guerrera. Mi marido, que tiene bonita voz de tenor, cantó en seguida esa melodía, que es muy atrayente y posee cierta originalidad. Es un Glück mejorado, más animado, más vivaz. Yo, por mi parte, apliqué mi talento en la orquestación, arreglo de la partitura para piano y otros instrumentos de modo que tengo mucho que hacer. Tocamos la pieza con gran contento de todos los invitados".

"Con gran contento de todos los invitados" -eso nos parece hoy sorprendentemente frío. Pero, son explicables la impresión nada más que amable, el aplauso nada más que tibio, pues en ese primer recital la Marsellesa no ha podido descubrirse verdaderamente en toda su fuerza. La Marsellesa no es una pieza de concierto para una confortable voz de tenor, ni destinada a ser cantada en un salón de satisfechos burgueses, entre romanzas y arias italianas, y por una sola voz. Un canto que arremete con los compases martillantes, elásticos, de "Aux armes, citoyens", se dirige a una masa, a una multitud, y su orquestación verdadera la constituyen el sonido de armas, el resonar de clarines y regimientos en marcha. No era ideado para oyentes indolentemente sentados y gozosos, sino para colaboradores, para compañeros de lucha. No ha sido compuesta para un tenor solo o una soprano aislada, sino para una

masa de miles de gargantas, esa ejemplar marcha-canción, ese canto triunfal, de muerte, de patria; ese himno de todo un pueblo. Sólo el entusiasmo que le dio vida al principio prestará al canto de Rouget de Lisle el poder embriagador. Aun no electriza la canción, aun no alcanzan las palabras ni la melodía con mágica resonancia al alma de la nación, aún desconoce el ejército su marcha-canción, su canto triunfal; la revolución ignora todavía su eterna peana.

***

El mismo Rouget de Lisle, en quien se operó ese milagro, tampoco sospecha lo que ha creado en esa noche, sonámbulo y llevado por un genio infiel. Desde luego, el buen

aficionado amable se alegra de corazón porque los huéspedes aplaudieron vivamente y le felicitaron con toda cortesía por su labor. Con la pequeña vanidad del hombre insignificante, trata de aprovechar en lo posible ese pequeño éxito en los reducidos círculos provinciales. Canta 11. nueva melodía ante los camaradas en los cafés, manda reproducirla y la envía a los generales del ejército del Rin. Entretanto, la banda municipal de Estrasburgo ha estudiado la "marcha guerrera para el ejército del Rin", por orden del burgomaestre y recomendación de las autoridades militares, y cuatro días más tarde, al partir las tropas de la ciudad, la banda de la guardia nacional de Estrasburgo la ejecuta en la plaza mayor. El editor estrasburguense se declara patrióticamente dispuesto a imprimir el "Chant de guerre pour l'armée du Rhin", que dedica respetuosamente, su subordinado militar, al general Luckner. Pero ninguno de los generales del ejército del Rin piensa hacer tocar o cantar realmente esa nueva melodía en los desfiles, y como todas las tentativas de Rouget hasta entonces, su "Allons enfants de la patrie" también parece reducirse a un éxito de salón, éxito de un día, un suceso local destinado, como tal, a caer en el olvido.

Pero la fuerza ingénita de una obra jamás puede a la larga quedar oculta o encerrada. Una obra de arte puede ser olvidada por una época, puede ser prohibida y proscrita, pero lo elemental siempre se impone triunfante sobre lo efímero. Durante uno y aun dos meses, no se oye nada más de la marcha guerrera para el ejército del Rin. Los ejemplares impresos y los copiados a mano permanecen olvidados o pasan de unos a otros, que los miran indiferentes. Pero siempre basta que una obra cautive verdaderamente a una sola persona, pues todo entusiasmo real se transforma en fuerza creadora. En el otro extremo de Francia, en Marsella, el Club de los Amigos de la Constitución ofrece un banquete a los voluntarios que van a la guerra. Quinientos jóvenes ardorosos, vistiendo el nuevo uniforme de la Guardia Nacional, están reunidos en torno a una larga mesa,` en su círculo se expande la misma emoción afiebrada que en aquel 25 de abril en Estrasburgo, pero acaso más ardiente, más apasionada todavía, debido al temperamento meridional de los marselleses, y ya no tan vanidosamente segura del triunfo como en aquella primera hora de la declaración de guerra. Pues las tropas revolucionarias francesas no marcharán tan directamente sobre el Rin ni serán recibidas en todas partes con los brazos abiertos, según habían fantaseado los generales. Al contrario, el enemigo ha penetrado profundamente en la tierra francesa, la libertad está amenazada, su causa se halla en grave peligro.

De repente, en medio del banquete, un tal Mireur, estudiante de medicina de la Universidad de Montpellier, golpea su vaso y se levanta. Todos los presentes enmudecen y lo miran. Se espera un discurso, una arenga. Pero el joven alza la diestra y entona una canción, un canto nuevo que nadie conoce y del que nadie sabe cómo ha llegado a sus manos. "Allons, enfants de la patrie". Y ahora surte el efecto de una chispa que hubiese caído en un polvorín. Un sentimiento y otro, los polos eternos, acaban de tocarse. Todos estos jóvenes, que mañana saldrán dispuestos a luchar por la libertad y a morir por la patria, sienten su voluntad más íntima y sus pensamientos más propios expresados en estas palabras; irresistiblemente los arrastra el ritmo hacia un entusiasmo delirante. Aplauden jubilosamente estrofa tras estrofa, y una y otra vez debe repetirse la canción. Ya han hecho suya la melodía, ya la cantan, levantándose agitadamente, alzando las copas, y con voz de trueno repiten el estribillo: "Aux armes, citoyens! formez vos bataillons!". Desde la calle se acercan curiosos para escuchar lo que aquí se canta con tanto entusiasmo, y ya ellos mismos acompañan el cantar. Al día siguiente, la melodía está en miles, en decenas de miles de labios. Una reimpresión la divulga, y cuando el 2 de junio los quinientos voluntarios salen de la ciudad, les acompaña la canción. Cuando se cansan en la carretera, cuando se afloja su

paso, basta que uno de ellos entone el himno, y su ritmo avasallador renueva en todos la energía. Cuando atraviesan un pueblo y se reúnen, sorprendidos, los campesinos y curiosos, lo entonan y lo cantan en coro. Se ha transformado en su canción, sin saber que originariamente ha sido destinada al ejército del Rin, y sin sospechar cuándo y por quién ha sido escrito, se han adueñado del himno y lo han convertido en el de su batallón, en profesión de fe de su vida y muerte. Les pertenece como su bandera, y están dispuestos a llevarlo a los confines del mundo en su marcha entusiasta.

La primera gran victoria de la Marsellesa -que es, como pronto habrá de llamarse, el himno de Rouget de Lisle- es la conquista de París. El 30 de junio, el batallón entra en la ciudad por los suburbios, a su cabeza la bandera y la canción. Miles, decenas de miles de hombres esperan en las calles para recibirlos solemnemente, y al acercarse ahora los marselleses, quinientos hombres, cantando el himno una y otra vez como por una sola boca y al ritmo de su paso, la multitud escucha en silencio. ¿Qué himno magnífico y arrebatador es este que cantan los marselleses? ¿Qué llamado es éste: "Aux armes, citoyens!", acompañado por crujientes toques de tambor, y que conmueven todo corazón? Dos horas después, ya resuena el estribillo en todas las calles. Se hunden en el olvido el "Ça ira", las viejas marchas y las gastadas canciones: La revolución ha descubierto su propia voz, la revolución ha encontrado su canción.

Cual alud se divulga, e irresistible es su marcha triunfal. Se canta el himno en los banquetes, en los teatros y clubes, y luego hasta en las iglesias, después del Tedéum y aun en lugar del Tedéum. En el transcurso de uno o dos meses, la Marsellesa se ha convertido en el canto de todo un pueblo y de un ejército entero. Cervan, el primer ministro de guerra republicano, reconoce la fuerza tónica y exaltante de un canto de batalla nacional tan sin igual. Ordena apresuradamente el envío de cien mil ejemplares a todos los comandos, y en dos o tres noches la canción del desconocido alcanza mayor difusión que todas las obras de Molière, Racine y Voltaire. No hay fiesta que no termine con la Marsellesa, ni batalla que no se inicie previa entonación, por parte de las bandas de regimiento, del canto de guerra de la libertad. Frente a Jemmappes y Nervinden, los regimientos toman colocación para iniciar el ataque, cantando a coro, y los generales enemigos, que sólo saben estimular a sus soldados según la vieja receta, haciendo distribuir entre ellos doble ración de aguardiente, comprueban aterrados que no tienen nada que oponer a la fuerza explosiva de ese "tremendo" himno, cuando éste se abalanza sobre sus propias filas, cantado simultáneamente por miles y más miles de gargantas, convertido en una retumbante ola sonora. Sobre todos los campos de batalla de Francia campea ahora, arrastrando a miles al entusiasmo y a la muerte, la Marsellesa, la victoria, la diosa alada del triunfo.

***

En la pequeña guarnición de Hüningen está sentado un capitán de ingeniería en absoluto desconocido, Rouget, diseñando tranquilamente proyectos de bastiones y barricadas. Es posible que se haya olvidado ya de la "canción de guerra para el ejército del Rin" que creara en aquella noche del 26 de abril de 1792, y ni siquiera ose sospechar que esa otra canción marcial de que hablan las gacetas y que conquistó a París en una noche, que aquella victoriosa canción de los marselleses pudiera ser, palabra por palabra y compás por compás, el mismo milagro que en él y por el se produjera en aquella noche. Pues - cruel ironía del destino - mientras esa melodía retumba hasta los cielos y alcanza las estrellas, deja de elevar a un solo hombre, y ese

hombre es su creador. No hay nadie en Francia que se interese por el comandante Rouget de Lisle; la fama más grandiosa que jamás alcanzara canción alguna, atañe a la canción sola, y sobre su creador Rouget no recae siquiera una sombra de ella. Su nombre no figura al pie del texto impreso, y él mismo quedaría completamente ignorado por los señores de la hora si no llamara la atención de una manera ingrata. Pues-paradoja genial como sólo es capaz de inventarla la historia -el autor del himno de la revolución no es un revolucionario; al contrario: él, que como ningún otro alentó a la revolución con su canto inmortal, quisiera ahora reprimirla, con todas las fuerzas. Cuando los marselleses y el pueblo de París toman las Tullerías y deponen al rey - con su canto en los labios-, Rouget de Lisle repudia la revolución. Se niega a prestar juramento a la República, y prefiere abandonar el ejército antes que servir a los jacobinos. La frase "liberté chérie" no es en el himno de este hombre sincero una frase vacía: odia a los nuevos tiranos y déspotas coronados y ungidos de allende las fronteras. Manifiesta francamente el disgusto que le causa la comisión de beneficencia cuando su amigo el burgomaestre Dietrich, el padrino de la Marsellesa, y el general Luckner, a quien fuera dedicada, y todos los oficiales y nobles que aquella noche fueron sus primeros oyentes, son arrastrados a la guillotina, y pronto se da la grotesca situación de que el poeta de la revolución cae preso por contrarrevolucionario y se inicia juicio contra él, acusándole de alta traición. Sólo el 9 de Termidor, que con la caída de Robespierre abre las puertas de las cárceles, evita a la Revolución Francesa la vergüenza de haber entregado al poeta de su canción inmortal a la "segur nacional".

Sin embargo, aquélla hubiese sido una muerte heroica, y no un lento apagarse miserable en la penumbra, tal como hubo de vivirlo Rouget de Lisle. Pues por más de cuarenta años, por miles y miles de días, sobrevive el desdichado Rouget al único día verdaderamente creador de su vida. Le han quitado el uniforme, le han retirado la pensión; los poemas, las óperas, los textos que escribe, no encuentran editor ni quien los ejecute. El destino no perdona al aficionado que se haya introducido, sin ser llamado, en las filas de los inmortales. El hombre pequeño se gana ahora su pequeña vida con toda clase de pequeños negocios que no siempre son limpios. Es en vano que Carnot y, más tarde, Napoleón traten de ayudarle, por compasión. Queda en el carácter de Rouget algo irremisiblemente perdido y envenenado por obra de la crueldad de aquel azar que durante tres horas le permitió ser Dios y genio y que luego le rechazó nuevamente, con desprecio, a su propia insignificancia. Pelea y pleitea contra todos los poderes, envía cartas patéticas y atrevidas a Bonaparte, quien quiso ayudarlo; se vanagloria en público de haber votado contra él. Sus negocios se enredan en asuntos oscuros, y al no cancelar un pagaré, tiene que llegar a conocer la cárcel de Santa Pelagia. Sin amigos, acosado por los acreedores, vigilado continuamente por la policía, se recluye finalmente en un lugar apartado de la provincia, y desde allá vigila, como desde la sepultura, solitario y olvidado, el destino de su imperecedera canción. Es testigo todavía de cómo la Marsellesa recorre con los ejércitos victoriosos todos los países de Europa; ve luego que Napoleón, ungido emperador, la hace borrar de todos los programas por excesivamente revolucionaria, y cómo los Borbones la prohiben del todo. Y sólo se extraña el anciano amargado cuando en la revolución de julio de 1830 sus palabras y su melodía renacen con su antiguo vigor junto a las barricadas de París, y el rey ciudadano Luis Felipe concede una pequeña pensión de homenaje al autor del himno. Olvidado y perdido, cree soñar que alguien le recuerda todavía, pero un recuerdo muy corto, y cuando en 1836 Rouget muere, a los 76 años, en Choisy le Roy, ya nadie conoce ni menciona su nombre. Ha de ir y venir otra generación, y sólo durante la guerra mundial, cuando a Marsellesa, convertida desde hace tiempo ya en himno nacional, resuena marcialmente en todos los frentes de Francia, se ordena que

el cadáver del pequeño comandante Rouget sea depositado también en los Inválidos, junto al pequeño teniente Bonaparte. Allí descansa finalmente el desconocidísimo creador de una canción eterna, en la cripta de los inmorles de su patria, olvidando el desengaño de no haber sido más que el poeta de una noche.

Fin